SUPLEMENTO LITERARIO DE PAGINA/12
AÑO IV Nº 195
29 • 7 • 2001

RADAR libros



Moda argentina

La historia argentina bien puede leerse como un catálogo de modas que sirven para que el cuerpo argentino encuentre su carnaval. A continuación, María Moreno propone una serie de estampas (todas ellas absolutamente documentales) armadas a partir de un ropero delirante.

CUERPO ARGENTINO: Un Frankenstein con la cabeza medusina de Facundo, las tetas de la Coca Sarli –miembros honorarios del sistema de gemelos *kitsch* peronista junto con los caniches del General–, el pene que Perlongher coloca en *Cadáveres* "en el caño de la combi" y el trasero lacayo de Erdosain atravesado por la mazorca que el unitario patilludo recibió en *El matadero* de Echeverría

POR MARIA MORENO

Travestis Mil quinientos hombres han llegado en los bergantines de Pedro de Mendoza. El hambre, las pestes y las flechas los reducirán a quinientos. Algunos vienen cubiertos de chancros sifilíticos, los paños íntimos y el bombachón de listones de seda acartonados por un pus maloliente. Bajo los cascos, las cabezas arden de fiebre y los ojos se ciegan luego de las noches en alta mar que han reproducido durante meses una y otra vez el mareo hipnótico del agua que pasa. Son las mujeres las que deben velar los fogones, cargar las ballestas, avisar a gritos cuando se acerca algún indio, sembrar, carpir, y cosechar lo poco que crece en los parajes del fuerte y, al subir por el Paraná en busca de alimentos, tomar el remo, sondar de proa y esgotar el navío. Van vestidas de varón aunque no han desobedecido los deberes que se juzgan propios de su sexo: varían la receta del monótono pescado que les proveen los timbúes, consuelan con palabras maternales, mintiendo sobre las minas de plata y las tierras fértiles y pobladas de ganado que existirían en un punto siempre cercano. Las que han parido durante el viaje dejan de lado a sus hijos y dan de mamar a sus compañeros. Ésta es la primera escena de moda argentina: una dama vestida de caballero con las mangas arremangadas para hacer mejor las muchas tareas que se le encomiendan, una chaqueta desabrochada de la que asoma un seno redondo e inflado con una gota de leche en la punta.

Igualdad Al desembarcar en el estrecho de Ponsonby, el indio fueguino Jemmy Button lleva guantes de cabritilla blanca, botas de caña alta y galera. Desde que el capitán del Beagle Robert Fitz Roy lo comprara a cambio de un puñado de botones no había vuelto a casa. Había estado en la corte del rey Guillermo y la reina Adelaida, volviéndose atildado y melindroso. Los indios de su tribu son altos y desgreñados. Tienen la cara pintada con bandas rojas y blancas y depilada mediante conchillas. Van envueltos con una piel de guanaco y grasa, atuendo que conservan aún bajo la nieve. Cuando le ven descargar la donación hecha por la London Missionary Society –bandejas de té, escupideras, vajilla, sombreros de castor y sábanas de hilo– miran con atención. La madre y los hermanos de Button se le acercan pero, al descubrirle las botas, le tienen miedo. Sólo cuando Jemmy abre un baúl y reparte entre todos ropas europeas comienzan a reírse y a tocarlo. Es que ahora, luego de haberse transformado en diferentes, vuelven por fin a ser iguales.

Ejército Mercedes "Antuca", Angela "Soldadito", Nicanora "La gallega", Arminio "El coronel", Joaquín "El general", Justina y Adrián –que no tienen apodo– son los siete hijos que Don Juan Manuel de Rosas tuvo con la cautiva Eugenia Castro. El padre suele ponerles atuendo militar siempre de alto rango y hacerlos desfilar por los jardines de Palermo, seguidos por sus enanos, que van vestidos de prelados. A Nicanora, que es terca y caprichosa, ha tenido que darle más de una vez los quinientos azotes reglamentarios que acostumbra distribuir entre sus soldados, sólo que con la protección de un grueso trozo de cartón. A la batalla de Caseros lleva a Angela y Arminio y no los saca del campo de batalla hasta que comprende que será derrotado. Sabe que la parada, la parodia y el pavoneo son armas de guerra. Pero un Urquiza de poncho y galerita le entra en la ciudad y termina con la comedia.

Puma Miss Florence Dixie, nacida Florence Caroline Douglas, hija del séptimo marqués de Queensberry, monta a lo macho. Desde Punta Arenas y pampa afuera galopa con la sola compañía de su marido, un par de amigos y perros que sólo conocen como alimento el arroz y las galletas. Ella sabe bolear guanacos y desollar potros, lleva el cuaderno de viajes enrollado en sus botas de montar y el pelo sujeto con una aguja de madera que le atraviesa el rodete como una lanza. Todo para que no le digan frívola. Por las noches, en el campamento se desvela mirando el amanecer sobre ese espacio de pasto comido y despeinado que está en la frontera del fin del mundo. A veces imagina que los chañares son como las garras de las brujas, ve en las parvas de paja brava manguitos con púas y, en las disparadas de avestruces, una flotilla de sombreros de dama escapados de un cuento fantástico.

Cuando vuelve a Inglaterra lleva en su equipaje un paquete de yerba mate, una receta cuyo elemento principal es el ajo, un perro llamado Pucho y –como la moda dicta el exotismo– un cachorro de puma. Al principio el puma se comporta como un perro común, quizás hasta menos sanguinario que un *bull terrier*. Alimentado en exceso con la intención de adormecer su instinto, acostumbrado a que le den las presas en la boca, se lo autoriza a vagar por los jardines cuyos senderos elude más por evitar los guijarros que por haberse civilizado. Un día, en sus correrías, llega a los jardines del palacio de Windsor. Junto a unos ligustros ve a un pequeño grupo de venados que, al descubrirlo, huyen precipitadamente. Corre, mata a uno, luego a otro. El atentado, como se comprende, ha carecido de toda intención antiimperialista: una animalada nomás. El puma argentino es condenado al zoológico británico. En 1878, Miss Florence Dixie lo visita dentro de su jaula, acompañada de sus sobrinos, mientras un guardián deja a todos encerrados con cerrojo. Uno de los niños, lord Alfred Douglas, alarga la mano que algunos años más tarde será célebre por arrojar indiscriminadamente fichas en el casino de Argel. El puma abre las fauces ya cebadas y lanza un gruñido. Miss Florence Dixie intercede. En 1878, Bosie, el muchacho crápula que se interpondría entre Oscar Wilde y su obra –obra que se sobrepuso y fue escrita con verdad y belleza–, está entre rejas. Un gesto veloz del puma argentino, una sola distracción de Miss Florence Dixie y no hubiera existido *La balada de la cárcel de Reading*.

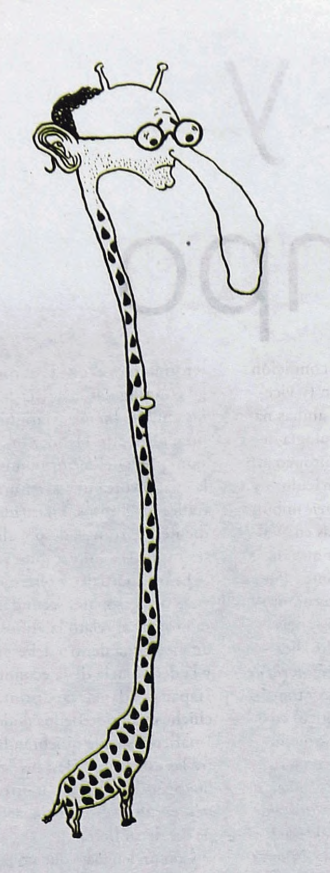
Ingeniatura Sarmiento, que en las *Vidas de muertos* de Ignacio B. Anzoátegui figura como un hombre con cara de vieja, tomándose por un Albarracín, hace de árabe en la ciudad de Máscara. Excitado por las astutas y variadas formas con que una mujer se oculta a los ojos –la tapada limeña lo hace con un sayo, la española con la mantilla y el abanico, la judía con una sotana de pectoral dorado, la mora con varias vueltas de velos– decide hacer un truco a la primera que pase. Ve venir a una comitiva velada y, a la cabeza, una criatura que por el talle fino y el andar coqueto se transparenta deliciosa. Lleva en los pies macizos grilletes de plata como los que Al-barracín ha visto, hechos de un tosco material, en las prisiones.

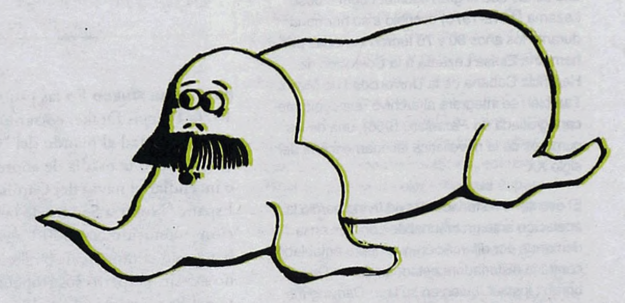
Sarmiento, hombre que ha condenado al país a primaria perpetua y que siempre está inventando nuevas asignaturas y que, por eso, llama a su ingenio *ingeniatura*, da la espalda a las veladas y finge clavar la mirada en un punto fijo, en medio de la arena. Acerca el pie –pie occidental y masculino, amén de pie prócer, y por eso libre de grilletes– y luego lo retira como si hubiera tocado descalzo una brasa encendida. Repite dos veces el gesto. Tal es la *ingeniatura* de Sarmiento. Entonces, se da vuelta bruscamente y atrapa la mirada de la primera de la comitiva, que se ha descubierto el rostro para ver mejor la escena que le ofrecen. Por fin, tiene el premio de unos ojos hermosos, de unas cejas unidas por un tatuaje azul y de unas mejillas pintadas con colorete. En Máscara, tal vez como en todas partes, para desenmascarar a una mujer, es preciso mostrarle algo que parece arder, dándole, al mismo tiempo, la espalda.

Justicia Hipólito Yrigoyen, que tiene fama de austero, siempre felicita por el ahorro de usar el mismo traje a dos diputados que tienen idéntico *palm beach*. Para persuadirlo de que no es el mismo, los diputados deciden usar cada uno el suyo el mismo día, al mismo tiempo. El presidente les dice: "Ya era hora, no sea que porque el otro tenga el traje, haya uno que tenga que faltar a su deberes faltando a la cámara".

Fetiche En Mar del Plata, en el pilote de la escollera, ha quedado enganchado un mocasín. El poeta Emeterio Cerro, apiadado de su aspecto maltrecho, de la suela comida por la humedad y de la lengua suelta, dictamina que perteneció a Alfonsina Storni y lo bautiza "Pierre".

Cabellera Oscura, la cabellera de Evita acompaña su historia cuando vive entre las sombras de la bastardía y de la también oscura vida artística. La tintura rubia remite a la falsificación de una estrella de Hollywood. Julio Alcaraz –el peluquero–, pone esa cabellera a tono con las veladas en la Opera y el Vaticano, rizándola sobre la frente o retorciéndola en bananas que no se animan a desnudar la nuca. Los sombreros adornados como huertas, el peinado barroco, son de la época en que aún aspira a la integración, cuando es la concubina nota-





ARTURO FRONDIZI Y JUAN CARLOS ONGANÍA EN SENDAS CARICATURAS DE *TÍA VICENTA*.

ble que calla menos por pasividad que por exceso de atención.

Se dice que cuando un hombre deja de amarnos, lleva a otra mujer la luz de su deseo. Por eso, en nuestra imaginación, La Otra es siempre rubia. Evita, iluminada por el amor del pueblo, sería rubia más allá (*antes*) de todo artificio.

Entregada a su misión, Evita busca la identificación de los trabajadores usando un pañuelo paisano, de esos que suelen proteger los cabellos durante las tareas, aislándolos de sustancias dañinas. Cuando la misión se hace el ser de Eva, ella cruza ascéticamente su cabellera sobre la nuca. Es el peinado que eligen los que han renunciado a la seducción: lejos de la intimidad que suele derramar los cabellos sobre los hombros, Eva se quiere inabordable. Nadie parece advertir en esas trenzas fuertemente enlazadas su semejanza con el escudo nacional, con los laureles, por su forma, con las manos, por su estrechamiento de unidad. De ese peinado no se suelta un pelo, tiene ya la consistencia anticipatoria del bronce.

Variaciones en negro Guillermo Patricio Kelly, jefe de la Alianza Libertadora Nacionalista Argentina, se pinta los labios en forma de corazón. Las guedejas enruladas de su peluca rubia le caen sobre los hombros con tal exageración que delatan el artificio, pero un pañuelo floreado las llama a la discreción. Lleva un tapado de terciopelo negro y guantes haciendo juego, una carterita lo suficientemente grande como para alojar un chumbo y una bolsa de papel colorado. El *pankake* ha diluido los últimos vestigios de su barba sometida al rigor de un rasurado especial con crema depiladora para dama, y sus zapatos chatos son el resultado de su elección: durante meses se ha habituado a la disciplina de aprender a caminar con zapatos de tacos altos pero, como mujer, es demasiado alta para usarlos, concluyendo que éstos lo delatarían más que unos simples, propios de una gobernanta austera.

Una mujer, Jeanette de Undurraga, entra en la celda y ocupa su lugar. Él sale y baja unas escaleras, calzándose unos anteojos oscuros. Pasa por un comedor donde varios exiliados comen bajo retratos de Perón e Ibáñez. Los acompaña el guardia de su celda, al que le han dicho que festejan un cumpleaños. Kelly tiene un aire ligeramente parecido al de Joan Crowford y su paso es de una gran dignidad.

Blanca Luz Brum, la mujer de quien el general Perón guardaba una fotografía bajo el vidrio de su escritorio en Puerta de Hierro, lleva a Kelly del brazo. Luego del primer patio, en donde diversos comandos hacen maniobras de distracción, una tercera mujer se acerca a la central telefónica y pide una llamada de larga distancia. Sonriendo, le acerca al "gorila" a cargo un cigarrillo importado y, para que lo encienda, un encendedor musical.

Guillermo Patricio Kelly y Blanca Luz pasan las cuatro puertas de la cárcel de Punta Arenas con un fondo de música de cerrojos. Afuera, mientras una cuarta mujer cubre con su cuerpo el panel de control de la cárcel, Kelly –que no se fija en lealtades menores (o que con sólo probar sus vestidos se ha vuelto "traidora", como se dice que son las mujeres)– sube a un auto que no es el convenido, el de su acompañante, que está casada con un gerente de Panam, para colmo celoso. Por la noche, en un cine de Santiago, ve *La batalla del Río de la Plata*. Luego se encamina a la casa del juez Ortiz Sandoval, que había pedido su extradición. Del atuendo negro femenino y elegante vira al negro, masculino y proletario de un deshollinador. Con él, logra entrar en la casa del juez, donde deshollina la chimenea con cierta pericia, haciendo de Papá Noel –pero con el movimiento inverso– y, en un descuido de los criados, rescata dos retratos de sus hijos que le fueran sustraídos antes de entrar a prisión. Las fotos habrían sido tomadas en carnaval. La nena está disfrazada de hada madrina, el nene de *cowboy* (la palabra clave de toda la escena es "disfraz").

Arrestada por su complicidad, una noche, Blanca Luz Brum recibe, en la cárcel de mujeres, la visita de un sacerdote. Los guardias que la custodian asisten a una conversación de casi una hora que les suena de una religiosidad confusa. En la sotana, que no es pollera ni pantalón, Guillermo Patricio Kelly negocia la diferencia sexual de sus disfraces pasados (en la escena, para los opositores, las palabras claves son "camisa negra").

Zoología política Julio Argentino Roca como el Zorro, Hipólito Irigoyen como el Peludo, Juan Carlos Onganía como la Morsa, Arturo Illia como la Tortuga, Alvaro Alsogaray como el Chancho, Isaac Rojas como la Hormiga Negra, Oscar Alende como el Bisonte, Pedro Eugenio Aramburu como la Vaca. Actividades prácticas: En 1958, cualquier ciudadano argentino, sin límites de edad y sin formación especializada alguna, incluso sin ningún talento, podía, con sólo dar vuelta hacia abajo una taza de las que se utilizan habitualmente para servir café con leche y poniendo a caballo sobre el asa un par de anteojos de vidrio grueso, conseguir un retrato del presidente de la república.

La menstruación *Pendait à un fil* y como profetizando un duelo, vestida de alpaca negra y unos jazmines del cabo prendidos en la solapa del saco, Victoria Ocampo espera de su cuerpo una señal de obediencia. Cree que está embarazada de su amante Julián Martínez, ese morocho de huesos notables que en 1913 había dividido a las porteñas de la alta sociedad en dos bandos: las que estaban enamoradas de él y las que habían caído en sus brazos. Toda su carne, arrebatada por una pasión wagneriana, se ha vuelto hacia ese hombre convirtiéndola en limadura de hierro ante un imán (es decir que él la atrae haciéndola pedacitos). Pero contra su carne se levanta su sangre, la de sus padres soliviantados porque el candidato es un bastardo, padre de otro bastardo –una soltera extasiada cerró sus piernas luego de asegurar entre ellas el semen de ese Adonis que la deseó al paso, pero que le dio su apellido al hijo de ambos. En la sangre de Victoria hay filiaciones sino legales legitimadas por el atropello y el vasallaje, como la de la india guaraní, Agueda. Y ahora en su matriz quizás exista el germen de una impureza, la de esa otra sangre que el amante comparte con su marido –son primos–, germen que ella legitima a viva voz absolviéndolo como fruto del amor. Por eso piensa en suicidarse, pero no en un aborto. Entre la sangre que tiene y la acorrala con sus mandatos está la que espera, de un orden más bajo, correspondiente a un dato natural: esa sangre se niega a verterse entre los pliegues de su prenda más íntima, que siempre tiene ese aire puritano e higiénico que para asimilarse no necesita del convento ni del tenis.

Victoria se distrae comprando un sombrero nuevo. Lo deja envuelto en su papel de seda y adentro de su caja. Piensa "cuando miren este sombrero se enternecerán, será el último". El papel de seda parece el sudario del sombrero. Victoria se siente *el sombrero*.

Ese hijo posible es después de todo un empate: tener también un hijo de Julián. Pero Victoria no razona, sangra (*sólo metafóricamente*). Luego de una noche de insomnio salta de la cama, el corazón acongojado. Entre los pliegues del camisón ve, sin ver realmente, como suele suceder ante algo muy esperado, una mancha de sangre. Con la vista recorre el jardín. Es un jardín cuidado, con sus almácigos de penacho, sus rosales y sus caminitos de piedras grises, que nadie permitió que se convirtiera en una de esas selvas encerradas donde lo que se deshoja no se barre y entre cuyas yerbas suelen esconderse las sucesivas camadas de gatos. Agradece a un dios abstracto, pero está triste: ese amor carnal morirá con los amantes, no será transferido a otro ser fuera de ellos, para asegurar la convención del amor pasión será estéril.

Cuerpo argentino Un Frankenstein con la cabeza medusina de Facundo, las tetas de la Coca Sarli –miembros honorarios del sistema de gemelos *kitsch* peronista junto con los caniches del General–, el pene que Perlongher coloca en *Cadáveres* "en el caño de la combi" y el trasero lacayo de Erdosain atravesado por la mazorca que el unitario patilludo recibió en *El matadero* de Echeverría. El dedo gordo de cada pie sería el de la "Deda", protagonista de *Brillos* de Luis Gusman, y la boca, la de una Venus *felatrix* como la Samantha de *Flores robadas* que escribió Jorge Asís. Este cuerpo argentino sale en manifestación, de acuerdo al final de *El fiord* de Osvaldo Lamborghini, y lleva como atuendo el vestido rosa que César Aira convirtió en fetiche indígena y, sobre las tetas sarlianas, el arnés de Vera Ortiz Beti (anagrama con que Fogwill enmascara a la finadita Beatriz Viterbo). ♣

Bibliografía: *Falsas Memorias, Blanca Luz Brum* de Hugo Achúgar, *Viajes* de Domingo Faustino Sarmiento, *Cómo fue la vida amorosa de Rosas* de Rafael Pineda Yáñez, *La rama de Salzburgo* de Victoria Ocampo.

NOTICIAS DEL MUNDO

Didier Eribon, crítico francés y biógrafo de Michel Foucault, presentó el libro *Reflexiones sobre la cuestión gay*, donde se detiene sobre todo en la "experiencia de la injuria" a partir de la cual los y las homosexuales toman conciencia de su identidad. El libro de Eribon, cuya versión castellana será traducida (ay) y distribuida por Anagrama, recorre además las obras de Proust, Gide, Genet y Foucault, en busca de una historia de la homosexualidad.

Las cartas que el gran escritor cubano José Lezama (1912-1976) escribió a su hermana durante los años 60 y 70 fueron donadas por hermana Eloísa Lezama a la Colección de Herencia Cubana de la Universidad de Miami. También se integrará al archivo una copia mecanografiada de *Paradiso* (1966), una de las cumbres de la novelística latinoamericana del siglo XX.

El escritor e historiador David Irving perdió la apelación ante un tribunal de Londres en la demanda por difamación que había entablado contra la historiadora estadounidense Deborah Lipstadt, quien en su libro *Denying the Holocaust* (1994) no sólo lo rotulaba como "antisemita" y "racista" sino que lo tipificó como "uno de los más peligrosos portavoces de la negación del Holocausto". En la sentencia que emitió el tribunal británico se califican los conceptos de Irving sobre la Segunda Guerra Mundial como "inauditos", y se señala que el controvertido historiador ha minimizado sistemáticamente los crímenes nazis y no ha retrocedido ni siquiera ante la falsificación de los hechos. Irving deberá hacerse cargo de los costos de la defensa, calculados en 2 millones de dólares.

Como se recordará, el escritor español Enrique Vila-Matas fue el último ganador del prestigioso premio Rómulo Gallegos, dotado con 60 mil dólares. Y último, en este caso, puede tener un sentido dramático porque el Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos que lo otorga se encuentra prácticamente al borde de la quiebra. El jurado que consagró a Vila-Matas el 6 de julio pasado emitió un comunicado en el que exhorta al gobierno venezolano a darle continuidad al galardón, lo que ha generado una serie de comentarios sobre el futuro del premio. El presidente de la institución, Rigoberto Lanz, ha anunciado que tanto él como todo su equipo renunciarán a la institución el 15 de agosto (después de la entrega del XII Premio de Novela a *El viaje vertical* de Vila-Matas) si Caracas no resuelve los problemas presupuestarios.

El escritor estadounidense Stephen King será el responsable de la versión norteamericana de "Riget", la serie de televisión creada por el cineasta danés Lars von Trier, informaron fuentes de ABC Entertainment. La serie original salió al aire en 1994 y narra el trabajo diario del principal hospital de Copenhague, donde se suceden fenómenos paranormales. Tras su gran éxito de audiencia y crítica en la televisión pública danesa DR, estaciones de países como el Reino Unido o Alemania decidieron también llevarla a sus pantallas. Stephen King se ha mostrado muy entusiasmado con la idea de adaptar la serie a la televisión de su país. Habrá que ver cuánto dinero le ofrecen al autor vivo que más obras vende en el mundo. De todos modos, la cadena estadounidense pretende no tanto una adaptación para público estadounidense sino una nueva versión de la idea original del abominable Lars von Triers.

Errata. En la última edición de *Radarlibros*, la reseña de Guillermo Saccomanno sobre la *Antología personal* de David Viñas cuyo título era "Dar la cara" terminaba con una frase adverbializada hasta el exceso y la contradicción. Salvado el error, del que Saccomanno es totalmente inocente, la frase final debe leerse así: "Uno de nuestros más lúcidos intelectuales, que la Universidad ha jubilado compulsivamente".

Allá lejos y hace tiempo

LA NOVIA DEL HEREJE O LA INQUISICIÓN EN LIMA
Vicente Fidel López
Emecé
Buenos Aires, 2001
424 págs. $ 17

POR JORGE PINEDO En las postrimerías de 1576, Francis Drake, corsario de Su Graciosa Majestad al mando del "Golden Hind", tuvo la osadía de abordar, saquear e incendiar el navío del Católico Rey de España "Nuestra Señora de la Concepción", conocido como El Cagafuegos (el barco, no el monarca). Drake, quien aún no era sir, perpetró sus tropelías en la costa del Pacífico, de Chile al istmo panameño, sembrando el terror en hasta ese momento tranquilo Virreinato del Alto Perú.

Sobre tamañas humillaciones históricas, Vicente Fidel López (1815-1903) tejió desde el exilio chileno una novelesca trama que fue publicando bajo la forma del folletín en *El Progreso*, diario fundado junto a otro emigrado, Domingo Faustino Sarmiento. Mientras el sanjuanino avanzaba con el *Facundo*, el hijo del letrista del Himno Nacional (y padre del trágico autor de *La gran aldea*) pulsaba otra romántica cuerda, no del todo distinta. Dado que la barbarie es condición de posibilidad de la civilización (y viceversa, salvando las distancias), ambas narraciones oponen bajo una ideología de exclusión el espíritu positivo europeo al oscurantismo inquisitorial vernáculo.

López escribe *La novia del hereje* imbuido de ese espíritu que abreva más en Walter Scott o en Fenimore Cooper que en Jacques Rousseau o Auguste Comte. Pues su salto al fervor militante como compromiso literario lo encara tres lustros más adelante cuando se embarca en los diez monumentales volúmenes de la *Historia de la República Argentina*, a su vez contrapartida de la obra similar (en lo temático) cometida por el frustrado poeta Bartolomé Mitre. Así como el *Facundo* opacó en su tiempo las dos novelas de López (*La loca de la guarida* es la otra), la versión mitrista de los sucesos argentinos aplastaron la erudición testimonial del primero en la *Historia*.

Por propia voluntad o acicateado por los tiempos –vaya a saberse–, López escribe *La novia del hereje* como "el fruto de una ilusión renunciada", ya que, a partir de allí, abandona definitivamente la narrativa de ficción. Desembarco que siempre es a medias, en tanto y en cuanto la crónica histórica guarda una más o menos acotada relación de reversibilidad con el imaginario novelesco. Y este delicado intercambio es el que el autor pone en juego con singular maestría en las desventuras entre la limeña Mariquita Pérez y el pirata Roberto Henderson. Prohibida pasión, presa del terror inquisitorial, sobre la cual pivotea una aventura plagada de frailes tenebrosos, infatuados fiscales, ardientes matronas, despojados descendientes incaicos e implacables vengadores.

Entre abordajes y terremotos, una pléyade de personajes secundarios sirven para otorgar al relato la atmósfera cotidiana de una Lima dentro del esplendor del oro y la decadencia de la economía feudal: las "tapadas", damas de distinta ralea que cuchichean al oído de los poderosos; los "maricones" que quiebran las barreras entre las esferas sociales; los "cholos", criollos agenciados a uno u otro bando, quienes, en última instancia, accionan a favor de los de su tierra.

Con un lenguaje que no por decimonónico deja de ser delicioso, Vicente Fidel López perfila situaciones nunca subalternas, donde nadie deja de ser protagonista. Notable logro que, llama la atención, no ha alcanzado a convertir este relato en un film o, al menos, en una miniserie televisiva.Más y mejor que "una de piratas". Si nadie por estas playas emprende el desafío, así como Hollywood conquistó Roma también avasallará (otra vez) Latinoamérica.♣

El camino del Infierno

NOCHE VIRGINIA
Héctor Vázquez
Editorial Ross
Rosario, 2001
202 págs. $ 15

POR MAXIMILIANO GURIAN A veinticuatro años del golpe militar, tres voces se enlazan en *Noche Virginia* para advertirnos, a través de la ficción, que la amenaza criminal persiste, con férrea y triste diligencia, en la Argentina de hoy. Tres puntos de vista articulan este relato que, desde el inicio, se atisba como la crónica de una muerte anunciada.

Carlos, un intelectual académico que sufrió la caza política y el exilio, investiga la prosecución del Plan Cóndor en la era democrática. Su informante es un represor que cumplió sus tareas en grupo y cuya adicción a la heroína lo aleja de la infame épica del silencio militar y lo acerca al habla espuria del dinero. Pelotita de Barro, tal su apodo, no padece el desempleo y está dispuesto a provocar un "pequeño Holocausto".

Virginia es el objeto de deseo en disputa; una metáfora elemental y nítida de un país desgarrado por la violencia. De estirpe arltiana, actúa la tensión entre su nombre y la labor de prostituta al acecho de un acto de redención. Herencia de su educación religiosa, el discurso místico revive en ella una pasión piromaníaca: quemarlo todo para volver a empezar. El tópico del fuego como purificador y medio para alcanzar la salvación, en conjunción con una lectura ferviente del Tarot, signará su destino. Ella ama a Carlos y rechaza a Pelotita de Barro. Las suertes, entonces, ya están echadas.

Para repensar la historia argentina, ese juego macabro, el texto delinea su tablero. Traza así la cartografía de una Rosario marginal, la puesta en escena de una ciudad lúgubre y nocturna por donde transitan los personajes a la espera de un enfrentamiento fatídico.

Noche Virginia es una novela pedagógica. En su afán por delimitar espacios éticos y por asentar una historia aún vigente colma los diálogos de datos fácticos sobre el accionar de exterminio de la represión. Su didactismo, sin embargo, se desvirtúa por la adscripción a un realismo ingenuo que procura reproducir, con diferenciaciones maniqueas, el habla de los personajes –civilización o barbarie. Cae presa, por propia voluntad, en las redes del mito de la expresividad. En contraposición, se invoca otro lenguaje, plagado por una entonación poética recargada, para transcribir las ensoñaciones y los devaneos de la conciencia. Ante el horror, tras la inmolación de Virginia, mártir filantrópica, el narrador se explicita, en las últimas páginas de la novela, y se adhiere, confesando su desdoblamiento, a la figura de Carlos. No justifica su inesperada intrusión por aspiraciones rupturistas sino, de hecho, y develando el proyecto mismo del relato, porque, dice, "es necesario". La presencia obstinada de ideologías retrógradas en nuestra sociedad lo impelen a cumplir un deber ineludible: narrar la historia una y otra vez. De tal modo, la novela se postula como factor de resistencia cultural y ejercicio de la memoria contra los residuos tóxicos del Proceso. Dedicada "para los que no olvidan y para los que aman", *Noche Virginia* aspira a extirpar el Mal con buenas, buenísimas intenciones. ♣

ÚLTIMO MOMENTO

Dura lex, se

El Poder Ejecutivo promulgó la Ley del Libro, cuyo controvertido proyecto fue analizado por *Radarlibros* hace poco más de un año. La ley difiere del proyecto en al menos dos puntos que seguramente despertará la polémica en las próximas semanas. Por un lado, se eliminaron los artículos 11, 12, 16 que eximían (escandalosamente, para muchos observadores imparciales) del Impuesto al Valor Agregado al libro en toda su línea de producción, desde la importación de maquinarias hasta la exportación de libros.

Por otro lado, la Ley ahora promulgada no exime a los derechos de autor del pago de impuesto a las ganancias, sino que, con buen criterio, establece un mínimo no imponible de treinta mil pesos anuales. Los autores de *best-sellers* y otros productos que difícilmente podrían entenderse como actividad del espíritu que ganen anualmente ganen más que esa cifra en concepto de derechos de autor deberán, ahora, pagar religiosamente

NOTICIAS DEL MUNDO

Didier Eribon, crítico francés y biógrafo de Michel Foucault, presentó el libro *Reflexiones sobre la cuestión gay*, donde se detiene sobre todo en la "experiencia de la injuria" a partir de la cual los y las homosexuales toman conciencia de su identidad. El libro de Eribon, cuya versión castellana será traducida (ay) y distribuida por Anagrama, recorre además las obras de Proust, Gide, Genet y Foucault, en busca de una historia de la homosexualidad.

Las cartas que el gran escritor cubano José Lezama (1912-1976) escribió a su hermana durante los años 60 y 70 fueron donadas por hermana Eloísa Lezama a la Colección de Herencia Cubana de la Universidad de Miami. También se integrará al archivo una copia mecanografiada de *Paradiso* (1966), una de las cumbres de la novelística latinoamericana del siglo XX.

El escritor e historiador David Irving perdió la apelación ante un tribunal de Londres en la demanda por difamación que había entablado contra la historiadora estadounidense Deborah Lipstadt, quien en su libro *Denying the Holocaust* (1994) no sólo lo rotulaba como "antisemita" y "racista" sino que lo tipificó como "uno de los más peligrosos portavoces de la negación del Holocausto". En la sentencia que emitió el tribunal británico se califican los conceptos de Irving sobre la Segunda Guerra Mundial como "inauditos", y se señala que el controvertido historiador ha minimizado sistemáticamente los crímenes nazis y no ha retrocedido ni siquiera ante la falsificación de los hechos. Irving deberá hacerse cargo de los costos de la defensa, calculados en 2 millones de dólares.

Como se recordará, el escritor español Enrique Vila-Matas fue el último ganador del prestigioso premio Rómulo Gallegos, dotado con 60 mil dólares. Y último, en este caso, puede tener un sentido dramático porque el Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos que lo otorga se encuentra prácticamente al borde de la quiebra. El jurado que consagró a Vila-Matas el 6 de julio pasado emitió un comunicado en el que exhorta al gobierno venezolano a darle continuidad al galardón, lo que ha generado una serie de comentarios sobre el futuro del premio. El presidente de la institución, Rigoberto Lanz, ha anunciado que tanto él como todo su equipo renunciarán a la institución el 15 de agosto (después de la entrega del XII Premio de Novela a *El viaje vertical* de Vila-Matas) si Caracas no resuelve los problemas presupuestarios.

El escritor estadounidense Stephen King será el responsable de la versión norteamericana de "Riget", la serie de televisión creada por el cineasta danés Lars von Trier, informaron fuentes de ABC Entertainment. La serie original salió al aire en 1994 y narra el trabajo diario del principal hospital de Copenhague, donde se suceden fenómenos paranormales. Tras su gran éxito de audiencia y crítica en la televisión pública danesa DR, estaciones de países como el Reino Unido o Alemania decidieron también llevarla a sus pantallas. Stephen King se ha mostrado muy entusiasmado con la idea de adaptar la serie a la televisión de su país. Habrá que ver cuánto dinero le ofrecen al autor vivo que más obras vende en el mundo. De todos modos, la cadena estadounidense pretende no tanto una adaptación para público estadounidense sino una nueva versión de la idea original del abominable Lars von Triers.

Errata. En la última edición de *Radarlibros*, la reseña de Guillermo Saccomanno sobre la *Antología personal* de David Viñas cuyo título era "Dar la cara" terminaba con una frase adverbializada hasta el exceso y la contradicción. Salvado el error, del que Saccomanno es totalmente inocente, la frase final debe leerse así: "Uno de nuestros más lúcidos intelectuales, que la Universidad ha jubilado compulsivamente".

Allá lejos y hace tiempo

LA NOVIA DEL HEREJE O LA INQUISICIÓN EN LIMA
Vicente Fidel López
Emecé
Buenos Aires, 2001
424 págs. $ 17

POR JORGE PINEDO En las postrimerías de 1576, Francis Drake, corsario de Su Graciosa Majestad al mando del "Golden Hind", tuvo la osadía de abordar, saquear e incendiar el navío del Católico Rey de España "Nuestra Señora de la Concepción", conocido como El Cagafuegos (el barco, no el monarca). Drake, quien aún no era sir, perpetró sus tropelías en la costa del Pacífico, de Chile al istmo panameño, sembrando el terror en hasta ese momento tranquilo Virreinato del Alto Perú.

Sobre tamañas humillaciones históricas, Vicente Fidel López (1815-1903) tejió desde el exilio chileno una novelesca trama que fue publicando bajo la forma del folletín en *El Progreso*, diario fundado junto a otro emigrado, Domingo Faustino Sarmiento. Mientras el sanjuanino avanzaba con el *Facundo*, el hijo del letrista del Himno Nacional (y padre del trágico autor de *La gran aldea*) pulsaba otra romántica cuerda, no del todo distinta. Dado que la barbarie es condición de posibilidad de la civilización (y viceversa, salvando las distancias), ambas narraciones oponen bajo una ideología de exclusión el espíritu positivo europeo al oscurantismo inquisitorial vernáculo.

López escribe *La novia del hereje* imbuido de ese espíritu que abreva más en Walter Scott o en Fenimore Cooper que en Jacques Rousseau o Auguste Comte. Pues su salto al fervor militante como compromiso literario lo encara tres lustros más adelante cuando se embarca en los diez monumentales volúmenes de la *Historia de la República Argentina*, a su vez contrapartida de la obra similar (en lo temático) cometida por el frustrado poeta Bartolomé Mitre. Así como el *Facundo* opacó en su tiempo las dos novelas de López (*La loca de la guarida* es la otra), la versión mitrista de los sucesos argentinos aplastaron la erudición testimonial del primero en la *Historia*.

Por propia voluntad o acicateado por los tiempos –vaya a saberse–, López escribe *La novia del hereje* como "el fruto de una ilusión renunciada", ya que, a partir de allí, abandona definitivamente la narrativa de ficción. Desembarco que siempre es a medias, en tanto y en cuanto la crónica histórica guarda una más o menos acotada relación de reversibilidad con el imaginario novelesco. Y este delicado intercambio es el que el autor pone en juego con singular maestría en las desventuras entre la limeña Mariquita Pérez y el pirata Roberto Henderson. Prohibida pasión, presa del terror inquisitorial, sobre la cual pivotea una aventura plagada de frailes tenebrosos, infatuados fiscales, ardientes matronas, despojados descendientes incaicos e implacables vengadores.

Entre abordajes y terremotos, una pléyade de personajes secundarios sirven para otorgar al relato la atmósfera cotidiana de una Lima dentro del esplendor del oro y la decadencia de la economía feudal: las "tapadas", damas de distinta ralea que cuchichean al oído de los poderosos; los "maricones" que quiebran las barreras entre las esferas sociales; los "cholos", criollos agenciados a uno u otro bando, quienes, en última instancia, accionan a favor de los de su tierra.

Con un lenguaje que no por decimonónico deja de ser delicioso, Vicente Fidel López perfila situaciones nunca subalternas, donde nadie deja de ser protagonista. Notable logro que, llama la atención, no ha alcanzado a convertir este relato en un film o, al menos, en una miniserie televisiva.Más y mejor que "una de piratas". Si nadie por estas playas emprende el desafío, así como Hollywood conquistó Roma también avasallará (otra vez) Latinoamérica.♣

El camino del Infierno

NOCHE VIRGINIA
Héctor Vázquez
Editorial Ross
Rosario, 2001
202 págs. $ 15

POR MAXIMILIANO GURIAN A veinticuatro años del golpe militar, tres voces se enlazan en *Noche Virginia* para advertirnos, a través de la ficción, que la amenaza criminal persiste, con férrea y triste diligencia, en la Argentina de hoy. Tres puntos de vista articulan este relato que, desde el inicio, se atisba como la crónica de una muerte anunciada.

Carlos, un intelectual académico que sufrió la caza política y el exilio, investiga la prosecución del Plan Cóndor en la era democrática. Su informante es un represor que cumplió sus tareas en grupo y cuya adicción a la heroína lo aleja de la infame épica del silencio militar y lo acerca al habla espuria del dinero. Pelotita de Barro, tal su apodo, no padece el desempleo y está dispuesto a provocar un "pequeño Holocausto".

Virginia es el objeto de deseo en disputa; una metáfora elemental y nítida de un país desgarrado por la violencia. De estirpe arltiana, actúa la tensión entre su nombre y la labor de prostituta al acecho de un acto de redención. Herencia de su educación religiosa, el discurso místico revive en ella una pasión piromaníaca: quemarlo todo para volver a empezar. El tópico del fuego como purificador y medio para alcanzar la salvación, en conjunción con una lectura ferviente del Tarot, signará su destino. Ella ama a Carlos y rechaza a Pelotita de Barro. Las suertes, entonces, ya están echadas.

Para repensar la historia argentina, ese juego macabro, el texto delinea su tablero. Traza así la cartografía de una Rosario marginal, la puesta en escena de una ciudad lúgubre y nocturna por donde transitan los personajes a la espera de un enfrentamiento fatídico.

Noche Virginia es una novela pedagógica. En su afán por delimitar espacios éticos y por asentar una historia aún vigente colma los diálogos de datos fácticos sobre el accionar de exterminio de la represión. Su didactismo, sin embargo, se desvirtúa por la adscripción a un realismo ingenuo que procura reproducir, con diferenciaciones maniqueas, el habla de los personajes –civilización o barbarie. Cae presa, por propia voluntad, en las redes del mito de la expresividad. En contraposición, se invoca otro lenguaje, plagado por una entonación poética recargada, para transcribir las ensoñaciones y los devaneos de la conciencia. Ante el horror, tras la inmolación de Virginia, mártir filantrópica, el narrador se explicita, en las últimas páginas de la novela, y se adhiere, confesando su desdoblamiento, a la figura de Carlos. No justifica su inesperada intrusión por aspiraciones rupturistas sino, de hecho, y develando el proyecto mismo del relato, porque, dice, "es necesario". La presencia obstinada de ideologías retrógradas en nuestra sociedad lo impelen a cumplir un deber ineludible: narrar la historia una y otra vez. De tal modo, la novela se postula como factor de resistencia cultural y ejercicio de la memoria contra los residuos tóxicos del Proceso. Dedicada "para los que no olvidan y para los que aman". *Noche Virginia* aspira a extirpar el Mal con buenas, buenísimas intenciones. ♣

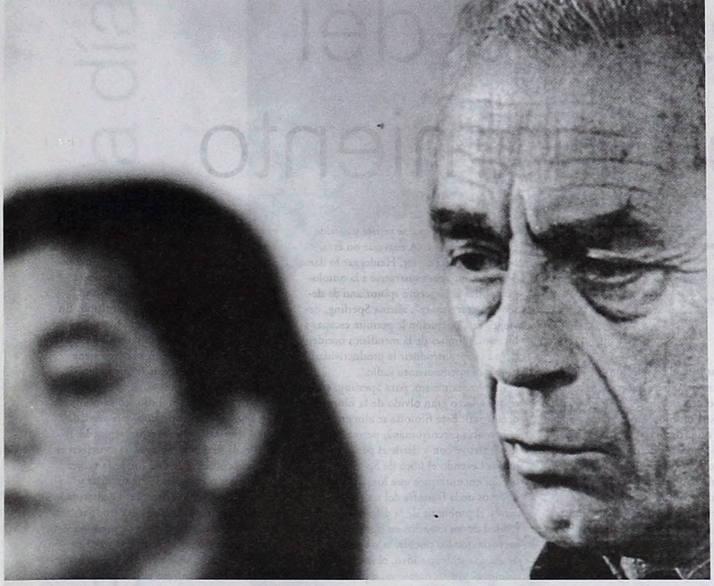
ÚLTIMO MOMENTO

Dura lex, sed lex

El Poder Ejecutivo promulgó la Ley del Libro, cuyo controvertido proyecto fue analizado por *Radarlibros* hace poco más de un año. La ley difiere del proyecto en al menos dos puntos que seguramente despertará la polémica en las próximas semanas. Por un lado, se eliminaron los artículos 11, 12, 16 que eximían (escandalosamente, para muchos observadores imparciales) del Impuesto al Valor Agregado al libro en toda su línea de producción, desde la importación de maquinarias hasta la exportación de libros.

Por otro lado, la Ley ahora promulgada no exime a los derechos de autor del pago de impuesto a las ganancias, sino que, con buen criterio, establece un mínimo no imponible de treinta mil pesos anuales. Los autores de *best-sellers* y otros productos que difícilmente podrían entenderse como actividad del espíritu que ganen anualmente ganen más que esa cifra en concepto de derechos de autor deberán, ahora, pagar religiosamente impuesto a las ganancias.

Lo que sí quedó del antiguo proyecto de Ley del Libro es el establecimiento de "derechos de edición" diferentes de los derechos de autor. En los países en los cuales se intentó aplicar algo semejante, la industria del libro se perdió en un laberinto jurídico de demandas cruzadas. Los editores juzgaron que podían patentar el uso de tal o cual tipografía en la tapa de un libro, lo que a todas luces contradice el sentido común. El debate recién comienza.



Construye tu propio Antonioni

MÁS ALLÁ DE LAS NUBES
Michelangelo Antonioni
trad. Juan Manuel Salmerón
Mondadori
Barcelona, 2000
186 págs. $ 16

POR JONATHAN ROVNER A la inversa de sospechosos cineastas cuyas películas nos dejan con la culposa sensación de que para justipreciarlas, hubiéramos debido leer más libros, los relatos de Antonioni nos halagan con el recordatorio de ese inmenso potencial "cinematográfico" de una buena prosa. Más aun, es como si a cada lector se le permitiera, al menos en su imaginación, producir su propio Antonioni. Allí están, *a la vista*, sus lugares, secuencias, personajes y planos. Mientras que todo aquello que hace a su realización material, casi siempre el cruento suplicio en el que tanto guionistas como directores son ultrajados por las miserias y bajezas de una industria, descansa, sublimado en la imaginación lectora, ajena a todo esquema de negocios y/o maniobra mercadotécnica.

De los 33 textos que conformaron la edición original de *Más allá de las nubes* (*Bowling sul tevere*, 1983), fueron cuatro relatos los que en 1995 llegaron al celuloide, bajo ese título y con la co-dirección de Wim Wenders. Dice Wenders en la contratapa: "a veces de una sola línea surgen películas enteras, no sólo las imágenes, sino también los sentimientos y emociones que las habrían acompañado si hubieran sido llevadas al cine". Y Antonioni lo confirma. En "Este cuerpo de barro", uno de los relatos filmados, plasma una imagen, nítida, en cuatro palabras, y reflexiona: "Una noche lluviosa y olorosa. *Olorosa* no es un adjetivo cinematográfico, pero yo estoy convencido de que el cine puede proporcionar incluso esa sensación".

Pero hay más, y sólo en la lectura de *Más allá de las nubes* se comprende la modestia de esa apreciación. Porque si bien es innegable que, como pocos, estos dos cineastas han logrado que la pantalla proyecte imágenes mucho más que visuales, la prosa de Antonioni nos sorprende con otra cosa, otro más allá. Casi por casualidad, capricho de consagrado que se autoriza la publicación de sus apuntes personales, concesión que la literatura da a quien sin ser escritor, se ha ganado el derecho a ser leído. Y nada más lejano que la concesión o el capricho es lo que en *Más allá de las nubes* puede leerse.

Mucho más que un director que escribe bien, Antonioni parece un escritor que prefirió hacer cine. *Más allá de las nubes*, compilado fragmentario y heteróclito de películas que no fueron, tomas sin cámara y diálogos sin actores, por momentos parece invitarnos a leerlo como si de esa fragmentación pudieran sacarse los apuntes para un guión: el de una película que muestre cierta intimidad de la creación artística, siguiendo las ocurrencias y percepciones de un cineasta italiano llamado Antonioni. Y, en efecto, el cuento que da título a la versión original, "Aquel bowling junto al Tíber" es, a la vez que un temible guión de Antonioni, la receta para imaginarse guiones a lo Antonioni. Por ejemplo, ver un hombre sentado en un parque observando a los niños con expresión amable. Imagina al sujeto matando a sangre fría a los niños y revela: "Así como en Ferrara, donde nací, cae en invierno una niebla tan densa que no se ve aun metro de distancia, así ha ocurrido con mi imaginación. En cierto punto se ha extraviado en la niebla. Voy a intentar localizar en esa niebla algunos puntos seguros. Antes que nada el móvil. Por qué este hombre mata. Si tuviera que hacer una película no me la plantearía porque una película se basta a sí misma y responde contando. Pero ya que éste es un proyecto destinado a culminar en esta página, puedo ensayar una explicación".

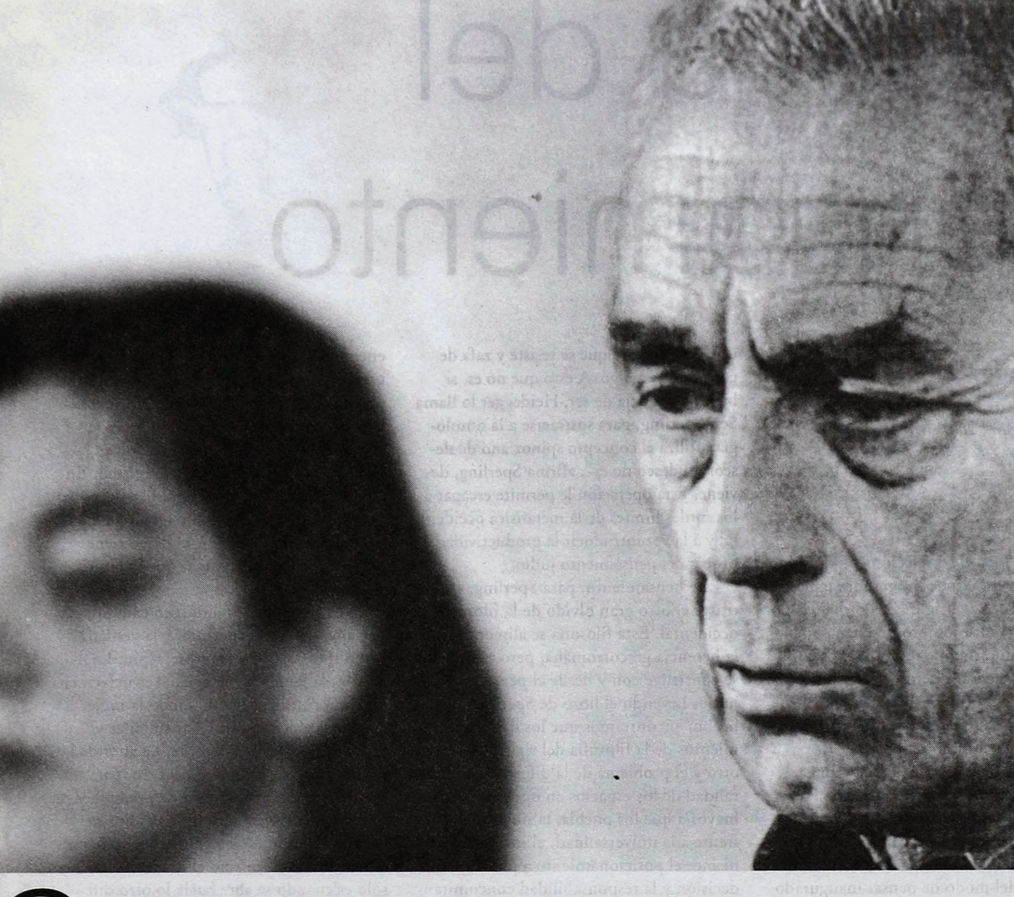
Y así, entonces, como si un manual para hacer Antonionis en casa fuera poco, *Más allá de las nubes* termina por ser una especie de cinemateca de papel, compilando 33 de las mejores películas, literalmente, jamás filmadas. ♣

EL EXTRANJERO

UP IN THE AIR
Walter Kirn
Doubleday
Nueva York, 2001
304 págs. U$S 23.95

¿De dónde saca las ideas para sus libros Walter Kirn? ¿Cómo pueden ocurrírsele a alguien los mormones *freaks* de los relatos de *My Hard Bargain*, los fanáticos de Wisconsin que atacan las clínicas para abortos de *She Needed Me* o el adolescente *à la* Holden Caulfield que no puede dejar de chuparse el pulgar de *Thumbsucker* como materia literaria? Ideas y personajes –todas y todos– que ahora palidecen ante lo que se cuenta en su nueva novela. El "héroe" de *Up In The Air* es Ryan Bingham, joven consultor de empresas que se dedica a echar empleados, normalizar conflictos, escribir un libro de autoayuda ejecutiva que espera sea un éxito y –lo más importante de todo– volar en avión y acumular millas gratis a costa de su empresa. *Up In The Air* transcurre durante los días y vuelos en los que el "volador frecuente" Bingham sentirá que su realidad se estrella –problemas en el trabajo, boda complicada de su hermana disfuncional– y, además, alcanzará la marca del millón de millas acumuladas. Lo que le permitirá –supone y sueña– desaparecer de los sitios que solía frecuentar y, por fin, vivir en el aire, en el territorio que él ha descubierto y bautizado como Airworld, "una nación adentro de una nación, con su propio lenguaje, estado de ánimo y moneda: una economía construida alrededor de las millas gratis que yo he llegado a apreciar más que los dólares. La inflación no las degrada. No pagan impuestos. Las millas gratis son propiedad privada en su más pura expresión". Hablamos y se habla aquí, claro, de un nuevo eslabón en la cadena de ese "Homo Americanus" literario que incluye al Babbit de Sinclair Lewis, al Rabbit de Updike, al Stern de Friedman, al Loman de Miller o al Herzog de Bellow. Personajes-mirada que, en realidad, viven y se mueven para contarnos su opinión del mundo externo con obsesión de cronistas de Indias para, en el momento menos pensado, descubrir que ese mundo externo por el que se consideraban viajeros intocables se les ha metido por entre las grietas de sus armaduras. Y ahí empiezan los problemas. Kirn –educado entre mormones en una granja de Minnesota– dijo adiós a todo eso, pasó por Princeton y Oxford y hoy es editor literario del mensuario *GQ* (con escalas previas en *Time* y *Vanity Fair*) y dueño de uno de los estilos más elegantes y perturbadores a la hora de poner a carretear por la pista a la comedia de costumbres. Ryan Bingham –un observador compulsivo de lo que nosotros miramos, pero no vemos– es su personaje más logrado y *Up In The Air* probablemente sea, como proclama la solapa del libro, "una reinvención de la clásica *road novel* norteamericana elevada a 30.000 pies de altura". Pero eso no es todo: el verdadero atractivo del libro –lo que lo convierte en algo único– está en la exploración de lugares comunes con esos ojos entrecerrados y obsesivos de un Nicholson Baker sin por eso sacrificar el pulso narrativo. Así pasan y pasamos por aeropuertos, comidas aéreas, el borracho de adelante, la revista de a bordo, la pasajera que se sienta al lado, el sexo de cabotaje, los hoteles, los autos de alquiler, las azafatas, las demoras, el aire que se respira en la cabina, las valijas perdidas, lo que se ve o se deja de ver por la ventanilla, los cinturones ajustados, los maníes envasados al vacío, el infaltable y obligatorio mormón, la turbulencia que no cesa aunque el avión ya haya aterrizado y una novela que redefine para siempre aquello de "libro ideal para leer en el avión".

Rodrigo Fresán



Construye tu propio Antonioni

MÁS ALLÁ DE LAS NUBES
Michelangelo Antonioni
trad. Juan Manuel Salmerón
Mondadori
Barcelona, 2000
186 págs. $ 16

POR JONATHAN ROVNER A la inversa de sospechosos cineastas cuyas películas nos dean con la culposa sensación de que para ustipreciarlas, hubiéramos debido leer más libros, los relatos de Antonioni nos halagan con el recordatorio de ese inmenso potencial "cinematográfico" de una buena prosa. Más aun, es como si a cada lector se le permitiera, al menos en su imaginación, producir su propio Antonioni. Allí están, *a la vista*, sus lugares, secuencias, personajes y planos. Mientras que todo aquello que hace a su realización material, casi siempre el cruento suplicio en el que tanto guionistas como directores son ultrajados por las miserias y bajezas de una industria, descansa, sublimado en la imaginación lectora, ajena a todo esquema de negocios y/o maniobra mercadotécnica.

De los 33 textos que conformaron la edición original de *Más allá de las nubes* (*Bowling sul tevere*, 1983), fueron cuatro relatos los que en 1995 llegaron al celuloide, bajo ese título y con la co-dirección de Wim Wenders. Dice Wenders en la contratapa: "a veces de una sola línea surgen películas enteras, no sólo las imágenes, sino también los sentimientos y emociones que las habrían acompañado si hubieran sido llevadas al cine". Y Antonioni lo confirma. En "Este cuerpo de barro", uno de los relatos filmados, plasma una imagen, nítida, en cuatro palabras, y reflexiona: "Una noche lluviosa y olorosa. *Olorosa* no es un adjetivo cinematográfico, pero yo estoy convencido de que el cine puede proporcionar incluso esa sensación".

Pero hay más, y sólo en la lectura de *Más allá de las nubes* se comprende la modestia de esa apreciación. Porque si bien es innegable que, como pocos, estos dos cineastas han logrado que la pantalla proyecte imágenes mucho más que visuales, la prosa de Antonioni nos sorprende con otra cosa, otro más allá. Casi por casualidad, capricho de consagrado que se autoriza la publicación de sus apuntes personales, concesión que la literatura da a quien sin ser escritor, se ha ganado el derecho a ser leído. Y nada más lejano que la concesión o el capricho es lo que en *Más allá de las nubes* puede leerse.

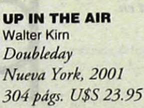
Mucho más que un director que escribe bien, Antonioni parece un escritor que prefirió hacer cine. *Más allá de las nubes*, compilado fragmentario y heteróclito de películas que no fueron, tomas sin cámara y diálogos sin actores, por momentos parece invitarnos a leerlo como si de esa fragmentación pudieran sacarse los apuntes para un guión: el de una película que muestre cierta intimidad de la creación artística, siguiendo las ocurrencias y percepciones de un cineasta italiano llamado Antonioni. Y, en efecto, el cuento que da título a la versión original, "Aquel bowling junto al Tíber" es, a la vez que un temible guión de Antonioni, la receta para imaginarse guiones a lo Antonioni. Por ejemplo, ver un hombre sentado en un parque observando a los niños con expresión amable. Imagina al sujeto matando a sangre fría a los niños y revela: "Así como en Ferrara, donde nací, cae en invierno una niebla tan densa que no se ve aun metro de distancia, así ha ocurrido con mi imaginación. En cierto punto se ha extraviado en la niebla. Voy a intentar localizar en esa niebla algunos puntos seguros. Antes que nada el móvil. Por qué este hombre mata. Si tuviera que hacer una película no me la plantearía porque una película se basta a sí misma y responde contando. Pero ya que éste es un proyecto destinado a culminar en esta página, puedo ensayar una explicación".

Y así, entonces, como si un manual para hacer Antonionis en casa fuera poco, *Más allá de las nubes* termina por ser una especie de cinemateca de papel, compilando 33 de las mejores películas, literalmente, jamás filmadas. ♣

d lex

mpuesto a las ganancias.

Lo que sí quedó del antiguo proyecto de Ley el Libro es el establecimiento de "derechos de dición" diferentes de los derechos de autor. n los países en los cuales se intentó aplicar igo semejante, la industria del libro se perdió n un laberinto jurídico de demandas cruzadas. os editores juzgaron que podían patentar el so de tal o cual tipografía en la tapa de un bro, lo que a todas luces contradice el sentido omún. El debate recién comienza.



EL EXTRANJERO

UP IN THE AIR
Walter Kirn
Doubleday
Nueva York, 2001
304 págs. U$S 23.95

¿De dónde saca las ideas para sus libros Walter Kirn? ¿Cómo pueden ocurrírsele a alguien los mormones *freaks* de los relatos de *My Hard Bargain*, los fanáticos de Wisconsin que atacan las clínicas para abortos de *She Needed Me* o el adolescente *à la* Holden Caulfield que no puede dejar de chuparse el pulgar de *Thumbsucker* como materia literaria? Ideas y personajes –todas y todos– que ahora palidecen ante lo que se cuenta en su nueva novela. El "héroe" de *Up In The Air* es Ryan Bingham, joven consultor de empresas que se dedica a echar empleados, normalizar conflictos, escribir un libro de autoayuda ejecutiva que espera sea un éxito y –lo más importante de todo– volar en avión y acumular millas gratis a costa de su empresa. *Up In The Air* transcurre durante los días y vuelos en los que el "volador frecuente" Bingham sentirá que su realidad se estrella –problemas en el trabajo, boda complicada de su hermana disfuncional– y, además, alcanzará la marca del millón de millas acumuladas. Lo que le permitirá –supone y sueña– desaparecer de los sitios que solía frecuentar y, por fin, vivir en el aire, en el territorio que él ha descubierto y bautizado como Airworld, "una nación adentro de una nación, con su propio lenguaje, estado de ánimo y moneda: una economía construida alrededor de las millas gratis que yo he llegado a apreciar más que los dólares. La inflación no las degrada. No pagan impuestos. Las millas gratis son propiedad privada en su más pura expresión". Hablamos y se habla aquí, claro, de un nuevo eslabón en la cadena de ese "Homo Americanus" literario que incluye al Babbit de Sinclair Lewis, al Rabbit de Updike, al Stern de Friedman, al Loman de Miller o al Herzog de Bellow. Personajes-mirada que, en realidad, viven y se mueven para contarnos su opinión del mundo externo con obsesión de cronistas de Indias para, en el momento menos pensado, descubrir que ese mundo externo por el que se consideraban viajeros intocables se les ha metido por entre las grietas de sus armaduras. Y ahí empiezan los problemas. Kirn –educado entre mormones en una granja de Minnesota– dijo adiós a todo eso, pasó por Princeton y Oxford y hoy es editor literario del mensuario *GQ* (con escalas previas en *Time* y *Vanity Fair*) y dueño de uno de los estilos más elegantes y perturbadores a la hora de poner a carretear por la pista a la comedia de costumbres. Ryan Bingham –un observador compulsivo de lo que nosotros miramos, pero no vemos– es su personaje más logrado y *Up In The Air* probablemente sea, como proclama la solapa del libro, "una reinvención de la clásica *road novel* norteamericana elevada a 30.000 pies de altura". Pero eso no es todo: el verdadero atractivo del libro –lo que lo convierte en algo único– está en la exploración de lugares comunes con esos ojos entrecerrados y obsesivos de un Nicholson Baker sin por eso sacrificar el pulso narrativo. Así pasan y pasamos por aeropuertos, comidas aéreas, el borracho de adelante, la revista de a bordo, la pasajera que se sienta al lado, el sexo de cabotaje, los hoteles, los autos de alquiler, las azafatas, las demoras, el aire que se respira en la cabina, las valijas perdidas, lo que se ve o se deja de ver por la ventanilla, los cinturones ajustados, los maníes envasados al vacío, el infaltable y obligatorio mormón, la turbulencia que no cesa aunque el avión ya haya aterrizado y una novela que redefine para siempre aquello de "libro ideal para leer en el avión".

Rodrigo Fresán

BOCA DE URNA

Los libros más vendidos de la semana en Librería Gandhi.

Ficción

1. Te digo más
Roberto Fontanarrosa
(Ed. de la Flor, $ 16)

2. Arte poética
Jorge Luis Borges
(Crítica, $ 16)

3. Un sueño realizado
César Aira
(Alfaguara, $ 15)

4. Las afinidades electivas
J. W. von Goethe
(Boreal, $ 7)

5. Los siete pilares de la sabiduría
T. E. Lawrence
(Ed. Libertarias, $ 19)

6. El señor de los anillos
J. R. R. Tolkien
(Minotauro, $ 30)

7. Rainer y Minou
Osvaldo Bayer
(Planeta, $ 17)

8. El libro de los abrazos
Eduardo Galeano
(Siglo XXI, $ 18)

9. Obras selectas
Marqués de Sade
(Puinat, $ 10.90)

10. El hobbit
J. R. R. Tolkien
(Minotauro, $ 15)

No ficción

1. Latinoamérica, las ciudades y las ideas
José Luis Romero
(Siglo XXI, $ 18)

2. El banquete de Platón
Enrique Marí
(Ed. Biblos, $ 19)

3. Oscar Masotta y la fenomenología
Hernán Scholten
(Atuel, $ 18)

4. Alternativas
Rubén Luvoulo
(Altamira, $ 15)

5. Resistencias mundiales
José Seoane y Emilio Taddei
(Ed. CLACSO, $ 15)

6. Poesía completa
Alejandra Pizarnik
(Lumen, $ 12.90)

7. Políticamente incorrecto
Nik
(Sudamericana, $ 17)

8. Lo dado
Rodolfo Fogwill
(Paradiso, $ 12)

9. Venta de armas
Daniel Santoro
(Planeta, $ 18)

10. Martín Aldama
Félix Luna
(Planeta, $ 15)

¿Por qué se venden estos libros?
"Autores como Fogwill, César Aira y José Luis Romero gozan de un público constante y seguidor en nuestra librería. El libro de Goethe, además de ser obra de un escritor de enorme trascendencia, está encuadernado en tapa dura y a muy buen precio", dice Esteban Bitesnik de Librería Gandhi.

Erótica del pensamiento

DEL DESEO
Diana Sperling
Biblos
Buenos Aires, 2001
140 págs. $ 17

POR DANIEL MUNDO La relación con el otro o con lo otro es uno de los grandes temas que la filosofía del siglo XX nos ha legado. *Del deseo*, el último libro de Diana Sperling, nos muestra que recién hemos comenzado a pensar qué tipo de lazo nos relaciona con el otro y cuáles son los supuestos olvidados sobre los que logramos entablar una comunicación.

Para develar estos olvidos, Sperling fuerza una extraña torsión: hace de Baruch Spinoza un lector heideggeriano. Toma el concepto de deseo en Spinoza y lo pone a funcionar dentro de la matriz conceptual y del modo de pensar inaugurado por Martin Heidegger.

La tradición oficial de la filosofía de Occidente considera que ésta nace en el mundo griego. En esto estarían de acuerdo hasta pensadores radicalmente críticos como Nietzsche o Heidegger. Uno de los aportes de Nietzsche, profundizado por Heidegger, consistió en mostrar que ese origen está marcado por un olvido. Para simplificar, podría decirse que el pensamiento se olvidó de aquello que permite pensar; para Heidegger el hombre se ha convertido en una cosa aquello que se resiste y zafa de coagularse en algo. A esto que no es, si bien nunca deja de ser, Heidegger lo llama Ser. Sperling, para sustraerse a la ontología, utiliza el concepto spinoziano de deseo: "el deseo no es", afirma Sperling, deviene. Esta operación le permite escapar a los sutiles límites de la metafísica occidental y a la vez introducir la productividad propia del pensamiento judío.

Este pensamiento, para Sperling, constituye el otro gran olvido de la filosofía occidental. Esta filosofía se alimenta con la herencia grecorromana, pero también se construye con y desde el pensamiento judío. Leyendo el libro de Sperling, de hecho, encontramos que los descubrimientos de la filosofía del siglo XX –el otro y el problema de la diferencia, la pluralidad de los espacios en oposición a la mayoría que los puebla, la singularidad frente a la universalidad, el interpretacionismo, el posicionamiento a partir de una decisión y la responsabilidad concomitante– son temas que el pensamiento judío no ha dejado de plantearse a lo largo de su historia.

De acuerdo a qué relación se mantenga con el deseo, de acuerdo a qué manera el deseo enlace, se podrá imaginar un tipo de vida u otro. El deseo se convierte así en el principio organizador del mundo humano. Y el otro ocupa un lugar fundamental. Para el griego, la relación con el otro es siempre una relación de dominio: "El otro es un igual o un contrario", un enemigo o en todo caso un semejante, no un diferente. Por ello, afirma Sperling, el pensamiento griego tiene que terminar celebrando la homosexualidad, y necesita partir de un origen al que debe volver: odisea que siempre remite a lo mismo. En esta cosmogonía el yo es una sustancia y la Ley una fuerza que limita y restringe. La verdad es constatación. Y el deseo tiene como fin la disolución más que la multiplicación.

En el pensamiento judío, en cambio, la Ley aparece como apertura, y la verdad, como transmisión e interpretación. La filiación, la herencia, el legado se vuelven el fin de la cultura. De este modo la mujer comienza a ocupar un lugar singular y fundante, un lugar diferente. La alteridad, la condición de diferente del otro, para un pensamiento como éste, se presentacomo irrenunciable: "El hombre/ sólo/ se encuentra en su estar siempre vuelto hacia el afuera". En sí mismo el hombre no es, sólo es cuando se abre hacia lo otro diferente del otro. El yo finito depende del otro para desarrollar su incalculable capacidad de ser afectado y de afectar, de actuar. "El yo es un lugar", sostiene Sperling, lugar plural abierto al encuentro y fundado por el otro.

El origen es el otro. Por ello este origen no es una falta que se completa con nuestra vuelta sino una plenitud que se despliega con nosotros. Erótica sin ego que no se consume en la acción y que necesita de la acción para desplegarse. ♣

Cambalache

EL PENSAMIENTO MESTIZO
Serge Gruzinski
trad. E. Folch González
Paidós
Barcelona, 2001
364 págs., $ 27

POR RUBÉN RÍOS Kusch y Deleuze se encuentran en un intersticio, una articulación, una bisagra, se conectan entre sí. El concepto es el mismo, las formulaciones difieren: mestizaje para Kusch, *patchwork* para Deleuze. Que eventualmente se ensamblen o se tramen significa que ese concepto entra en acción. De algún modo estos pensamientos, al cruzarse, cumplen su destino de heterodoxias. Ambos, tal vez, no hubieran rechazado el diálogo, la mutua influencia. La América mestiza de Kusch y la Europa rizomática de Deleuze (y Guattari) se abren a un espacio que filtra todo pensamiento único, toda estructura final.

Por esto resulta curioso, al menos, que en la amplia bibliografía erudita de *El pensamiento mestizo* no figure Deleuze (mucho menos Kusch, un gran marginal aun entre nosotros). Estas ausencias quizá expliquen las falencias teóricas y la floja argumentación de Gruzinski acerca del carácter híbrido y mestizo de la cultura occidental, que existe –por lo menos– ya desde los viajes de Pitágoras, Hecateo de Mileto, Solón o Polibio más allá de la antigua Grecia. En el mismo Platón podemos encontrar signos de esa conexión con otras culturas, de forma preponderante con Egipto (cuyo culto de los muertos sería la matriz de la doctrina platónica de la transmigración de las almas).

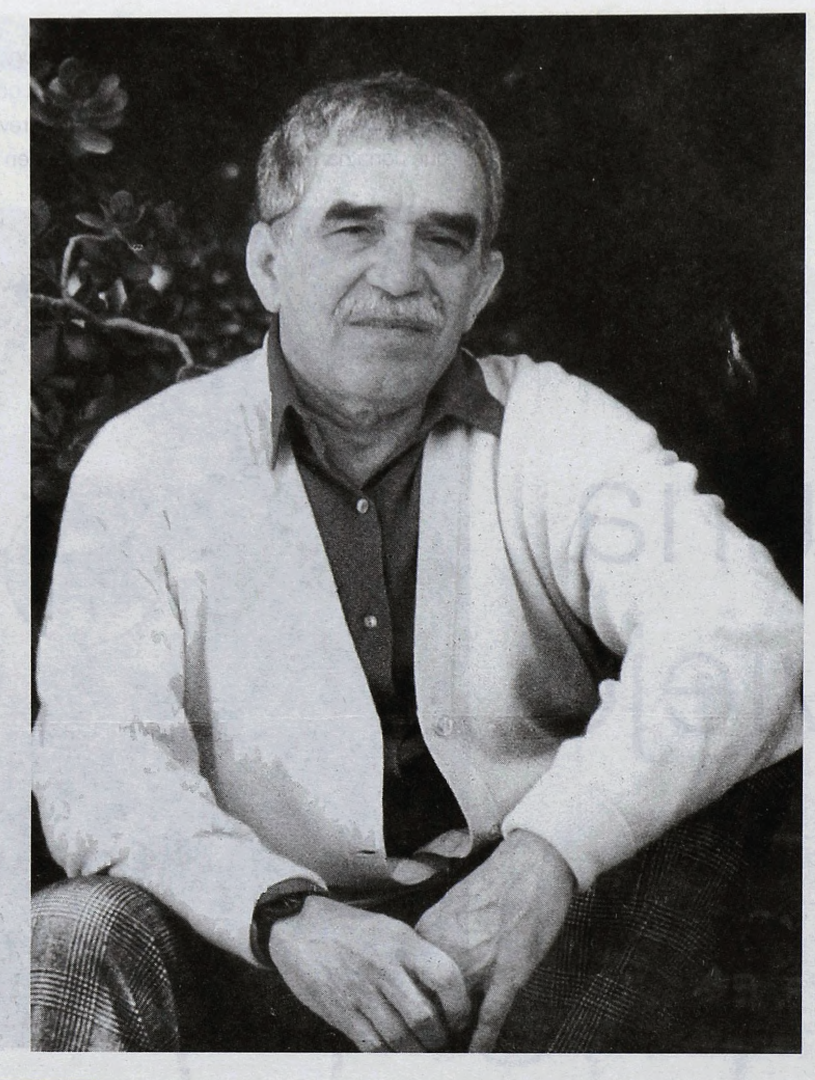
El propósito de Gruzinski –demostrar que la mezcla socava y forma parte la identidad occidental, más todavía en el proceso de la mundialización del capitalismo– se apoya en una profusa investigación de la estética indoamericana en el México del siglo XVI. Estética, por supuesto, que mezcla sin confundir elementos de las culturas indígenas precolombinas, el cristianismo y el paganismo.

Mejor suerte tiene el autor con el otro polo de apoyatura, el cine contemporáneo –aparte de los filmes de Greenaway– de Hong Kong. Las películas del director Wong Kar-wi (una de ellas, *Happy Together*, narra las peripecias de dos chinos en Buenos Aires) expondrían la potencia del mestizaje cultural y político que se prepara en la aldea global, donde a los flujos de información y al despliegue a escala mundial de la cultura "capitalística" le es inherente el choque y la mezcla con otras culturas.

En cualquier caso, nunca se pone en crisis la identidad de Occidente. Ni la sobredeterminación de sus imágenes. Calvin Klein al lado de la estatua de Lenin o el *western* mixturado con las sagas de samurais, todo parece mezclarse en una Babel ordenada (o desordenada) en torno al viejo centro de la cultura occidental.

El pensamiento mestizo lleva sobre sus espaldas el estigma de los estudios poscoloniales. Esto no lo invalida, pero lo delimita como una alteridad enjaulada, una mera particularidad en la universalidad de Occidente, apenas la resistencia que conlleva todo poder. Porque si bien los discursos y prácticas mestizas cuestionan la pureza de las identidades, la legitimidad de la operación sólo la otorga una de las partes. La cultura mestiza de la planetarización, como tal perfectamente posible, parece más suscitada por un relajamiento o agotamiento de la gran tradición occidental que por el despertar súbito de las culturas sometidas. En cualquier caso, Occidente se globaliza de la mano de latecnología y el capitalismo. El mestizaje –entendido ahora como un tránsito hacia lo ilimitadamente "otro", la alteridad– quizá sea la única posibilidad de que el viaje emprendido por Ulises no se cierre, otra vez, sobre su propio círculo. ♣

Cien años día a día



TRAS LAS CLAVES DE MELQUÍADES
Eligio García Márquez
Norma
Buenos Aires, 2001
630 págs. $ 30

POR SEBASTIÁN BASUALDO ¿En qué momento nace verdaderamente un libro? ¿Al ser concebido? ¿Cuando se escribe? ¿Al publicarse? ¿O más bien, sólo hasta el final de su sendero, cuando el lector lo descubre, lo lee y se reconoce en él?, se pregunta Eligio García Márquez –el hermano recientemente fallecido del Premio Nobel colombiano–, haciendo referencia a una obra que comenzó a gestarse en la costa Caribe colombiana a finales de los años cuarenta y mediados de los años cincuenta, logrando ser concebida como tal en la carretera de Ciudad de México en julio de 1965, "un día en que yendo para Acapulco con Mercedes y los niños, iba yo manejando mi Opel, pensando obsesivamente en *Cien años de soledad*, cuando de pronto tuve la revelación: debía contar la historia como mi abuela me contaba las suyas, partiendo de aquella tarde en que el niño es llevado por su padre a conocer el hielo".

Tras las claves de Melquíades traza fina y rigurosamente los acontecimientos que precedieron a la materialización de la obra tan buscada por aquel joven cuentista que irrumpiría en la literatura con un cuento ("La tercera resignación") enviado al suplemento literario de *El Espectador*, que le valió la rápida y merecida aceptación por parte de los intelectuales de la época, y hasta del propio director del suplemento, el escritor y periodista Eduardo Zalamea Borda, quien en su columna diaria "La ciudad y el mundo" escribió un martes 28 de octubre de 1947: "Los lectores de *Fin de semana*, suplemento literario de este periódico, habrán advertido la aparición de un genio nuevo, original, de vigorosa personalidad". Y si original sigue significando ser fiel al origen, entonces ahí puede encontrarse quizá uno de los rasgos más significativos dentro la poética de Gabriel García Márquez, su obsesión por construir una aldea (en el sentido de Tolstoi) con personajes tan reales como nuestros sueños y nuestros deseos inconfesados. Tan reales como el Aureliano Buendía que funda Macondo, personaje que en el capítulo cuatro de *Tras las claves de Melquíades* es sorpresivamente descubierto por la madre de Oscar de la Esperiella: "Una vez, oyéndolo leer, mi mamá le dijo: 'Gabito, ése es el general Uribe'". "¿ Cómo lo conoce?". Ella le contestó: "Por las muñecas, porque el general Uribe tenía así de grandes las muñecas".

La exhaustiva investigación de Eligio es un trabajo periodístico que excede lo literario sin dejar de examinar cuidadosamente la obra de su hermano desde sus inicios, sus fuentes, la tradición literaria con la que empalma luego de su recorrido por Faulkner, Viginia Woolf, John Dos Passos, Hemingway, Steinbeck, y Caldwell entre otros.

Tras las claves de Melquíades parte de los rechazos iniciales sufridos por Gabo –Losada rechazó el original de *La hojarasca*– para llegar a los muchos e intrincados acontecimientos que hicieron del autor de *Cien años de soledad* uno de los escritores más reconocidos en el mundo entero.

Dice Eligio García Márquez: "Los años pasaron, la fama de *Cien años* soportó los estudios arduos múltiples, sesudos o ligeros, de los expertos, y yo no me encontré satisfecho (...). Con el transcurrir de los años, las entrevistas con García Márquez aumentaron. Algunas no decían nada nuevo sobre la materia. Entre otras razones porque los periodistas le intentaban poner más de lo que él quería contar. Él les hablaba con el mismomecanismo de creación poética con que había escrito su obra maestra. Y la grabadora y el entendimiento obtuso de los periodistas daban lástima.

Esto fue hasta cuando el periodista argentino Tomás Eloy Martínez publicó su famosa 'Reminiscencia'. Eso no era lo que yo estaba buscando pero algo era algo, sobre el mito que por una década y media se formó alrededor del libro. Y lo que yo pretendía era una obra digna del objeto de estudio: totalizante". ♣

CAZATALENTOS

Como de costumbre, *Radarlibros* se da cuenta primero. En el marco de la Feria del Libro Infantil que se lleva a cabo actualmente en el Centro de Exposiciones de la Ciudad de Buenos Aires (Figueroa Alcorta y Pueyrredón) se entregaron los premios correspondientes al concurso de frases de promoción de la lectura convocado por la Fundación El Libro. En ese puñado de frases y de nombres, tal vez, se encuentre cifrado el futuro de la lectura en la Argentina. A continuación, una pequeña selección de las mejores consignas, propuestas por alumnos de EGB de entre nueve y quince años.

No dejes que la literatura te persiga: mejor dejá que te atrape
(Laura Carrizo Loa, 9º año EGB)

Sea un ejemplo para los chicos: ¡lea!
(Ramiro Iglesias, 5º año EGB)

Los libros son como un helado, porque los devorás en un minuto
(Martín Estévez, 4º año EGB)

Hay una manera inesperadamente sencilla de entrar en el territorio de la felicidad: la lectura
(Dalía Mulé, 4º año EGB)

¡El reality show de los libros empieza por vos!
(Alfredo del Corro, 7º año EGB)

Leer sin entender es inútil, entender sin leer es peligroso
(Matías Rocha, 9º año EGB)

Leer es libertad: quien no lee queda preso de su ignorancia
(María Pía Navarro, 7º año EGB)

¿Tu mente funciona a mil? ¿No sabés qué hacer? Sentate y leé: un buen libro siempre aclara las ideas
(Cecilia Silveyra, 4º año EGB)

Leer es vivir la vida que otros soñaron
(Fernando Ignacio Rabecchi, 6º año EGB)

Leer es como el fútbol: si no lo practicás, no existís
(Pablo Leiva, 8º año EGB)

Leer es un virus: contagiate y leé
(Leonel Quevedo, 9º año EGB)

Neil Amstrong llegó a la luna con la ayuda de un cohete, pero Julio Verne exploró el universo de la mano de la literatura
(Florencia Epifanio y Melanie Palmeiro, 8º año EGB)

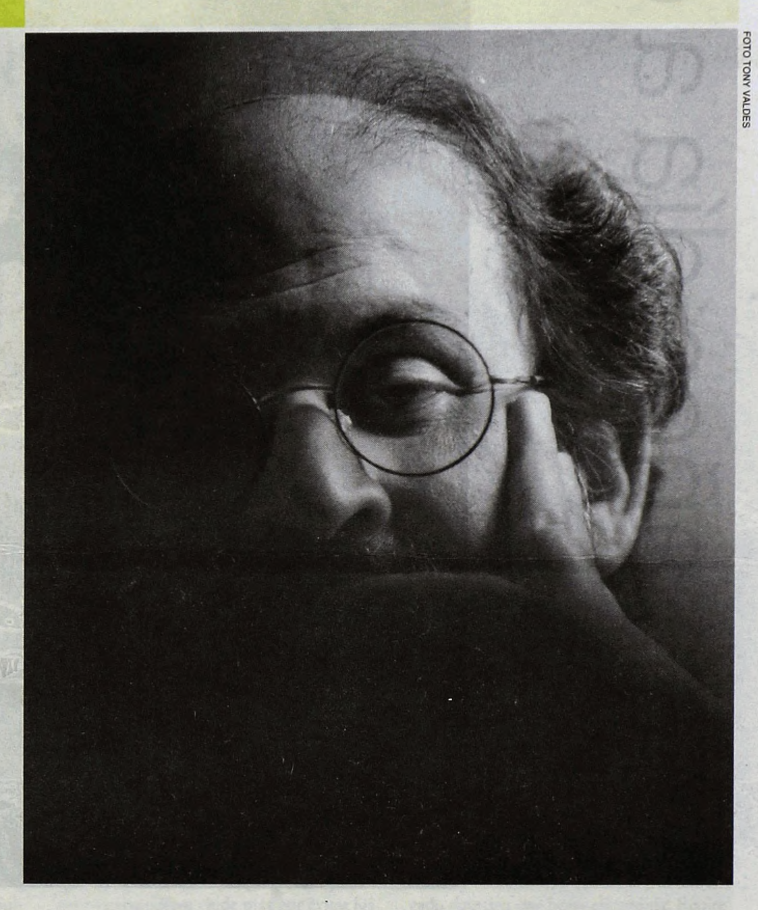
Leer es un placer escrito
(Adrián Olmos, 6º año EGB)

Leer es estar de pie en un mundo caído, caminar donde no hay suelo
(Rebeca Cobaldi, 9º año EGB)

ADELANTOS

Apenas termine el verano septentrional, *Fury*, la nueva novela de Salman Rushdie, invadirá las librerías y las góndolas del mundo. *Radarlibros* exigió y obtuvo el privilegio de revisar las 270 páginas que Jonathan Cape distribuirá en Londres en setiembre próximo.

La furia del viejo


FOTO TONY VALDES

POR MARTIN SCHIFINO, DESDE LONDRES

Cuando aparezca el nuevo libro de Salman Rushdie, una palabra se recortará en la tapa, en incandescentes letras amarillas, contra el fondo blanco y negro de una foto del Empire State Building coronado por una nube negra que oculta el sol como un portento, la palabra Furia. Debajo se verá el nombre del autor, en rojo, igualmente encendido. Nadie pondrá en duda que el arte de tapa es intachable, atractivo al punto de volver necesaria la compra del libro, pero muchos se preguntarán si Rushdie, con sus cincuenta y pico de años, sus siete novelas –*Los Versos Satánicos*, condenada por Ayatollah Komeini, entre ellas–, su *fatwa* un hecho del pasado, su nueva supermodelo, su nueva vida neoyorquina, su *glamour* global, no ha cometido *hubris* desde el principio más elementalmente material del libro. Porque ya en la tapa –que no en vano recuerda la de *Submundo* de DeLillo– queda claro que éste es el denodado intento de un escritor inglés de origen indio por escribir la gran novela norteamericana.

Literariamente, por supuesto, el Empire State y la palabra Furia son símbolos cruciales. Estamos en el territorio geográfico y emocional de, por orden de aparición, John Dos Passos, Saul Bellow, Philip Roth, Don DeLillo (para nombrar sólo a las fieras más formidables que lo defienden); estamos en la lóbrega dimensión moral de *El sonido y la furia* de Faulkner, donde la vida es un cuento contado por un idiota; estamos, finalmente, en la zona de la eterna novela urbana, donde se han vuelto imposibles la mirada infantil, la afirmación sin sarcasmo, el final feliz o cualquier forma de inocencia. Pero Rushdie, desde luego, no se amedrenta ante sus precursores; de hecho abraza estos temas como si fueran sus criaturas. "La furia –sexual, edípica, política, mágica, brutal– nos conduce a las más finas alturas y las profundidades más rústicas. De la furia proviene la creación, la inspiración, la originalidad, la pasión, pero también la violencia, el dolor, la osada destrucción pura". Quizás esto resuma el foco de *Fury*.

Pero antes de recorrer las fibras que la componen, sus líneas argumentales, sus figuras, conviene recordar otra de las dimensiones axiales de la novela norteamericana: la autobiografía. Martin Amis, con su mano siempre sobre el pulso del *mainstream* de USA, notó en relación con John Updike que la novela norteamericana tiende como ninguna otra a lo autobiográfico; y hablando de Saul Bellow, profetizó algo así como el fin de las historias: "de ahora en más los autores se dedican a explorar su ser privado". No es de sorprenderse, en este contexto, que el nuevo Rushdie se explore a sí mismo más que nunca en su abultada obra. Pero aun así el cambio de dirección resulta sobresaliente. Hasta ahora, el autor de *Vergüenza* había sido un fabulista, un narrador nato en el sentido en que lo son Calvino y García Márquez (dos de sus santos patrones), al tiempo que un incisivo comentarista social cuyos libros anclaban y hacían mella en la realidad, tal como lo ejemplifican paradigmáticamente *Los niños de la medianoche* y, de manera más terrible, *Los versos satánicos*. Aunque en *Fury* la flexible prosa de Rushdie sigue atenta al mundo, incluso a las historias que flotan en el mundo, la carne viva está claramente en otra parte. Quizás en la vida íntima del autor.

Entra a escena Malik Solanka, intelectual londinense nacido en Bombay (como Rushdie), contador de historias (como Rushdie), doblemente expatriado con residencia en Nueva York (como Rushdie), protagonista de *Fury* (como Rushdie). Alter ego en varios sentidos puntuales, Malik es además el reverso temperamental de este escritor que en los últimos diez años le hizo frente al fanatismo político-religioso con un empeño creativo realmente admirable; es el depositario de la demencia y la iniquidad del mundo moderno, su memoria una serie de apagones, su actividad neuronal un avispero de ruido blanco. Y ni bien comienza el libro, Malik sufre una crisis de conciencia, abandona a su mujer y a su hijo en Londres y seinstala en Nueva York, donde el viento solar de la metrópoli no lo deja respirar. Rushdie le atiza la furia con todo tipo de materiales inflamables: la correcta estupidez norteamericana, un amigo negro que admira a los WASP, una serie de asesinatos de los que quizás Malik sea culpable, un romance semiperverso, una esposa insufrible. Así hasta que Malik conoce a Neela.

Neela es una belleza hindú-americana de "casi uno ochenta, con cabello negro hasta la cintura", "ojos ahumados", "labios mullidos", "cuello esbelto", "piernas interminablemente largas" y "senos redondos". Si esto suena familiar, no es sólo porque reproduce una descarada fantasía masculina, sino porque así es la novia real de Rushdie, la modelo Padma Larshkim, a quien el libro va dedicado. Por si quedan dudas sobre el paralelo, Rushdie le da a Neela/Padma una cicatriz de veinte centímetros en el brazo derecho que "perfecciona su belleza al agregarle una imperfección esencial" (igual a la cicatriz con la que la verdadera Padma fascinó, entre otros, a Helmut Newton). Esto va más allá del chimento: en el estudio del romance entre Malik y Neela, Rushdie desconcierta por completo. Su auto satisfacción ("miren a mi chica"), su falta de distancia, su inconsistencia no parecen las de un novelista maduro; parecen, en el mejor de los casos, las de un novelista durante la crisis de la mediana edad. Sólo que Rushdie pasó la mediana edad hace diez años.

Fury empieza en tono elegíaco y progresa en varias direcciones a medida que la cólera de Malik Solanka encuentra nuevas superficies culturales donde reflejarse. Por momentos –sin duda los mejores momentos–, el libro se parece no tanto a la novelística de Rushdie como a su periodismo, que incluye notas sumamente perceptivas sobre temas como U2, *El Mago de Oz*, *Brazil* de Terry Gillian, Umberto Eco, Bob Dylan, Gandhi. Rushdie se sumerge, por primera vez en una novela, en el mundo contemporáneo Occidental. Con todo, el producto final es bastante accidentado. Aunque la primera parte sea incisivamente moderna e intimista, el autor no logra mantener a raya las furias de la autoindulgencia y así las líneas argumentales de *Fury*, que incluyen una revolución en un estado imaginario, un emprendimiento megaexitoso en Internet, un asesino serial, una recapitulación de la vida de Malik, proliferan demasiado desbocadas, demasiado desunidas, como para componer una narración orgánica. Uno se queda con los destellos esporádicos de la mente brillante de Rushdie (en este sentido también *Fury* es autobiográfica), pero la gran novela, norteamericana o no, que *Fury* podría haber sido desaparece al final del horizonte, como sin duda lo hizo la nube sobre el Empire State poco después de que sacaran la foto. ♣